

## **Discurso de Emilio Lamo de Espinosa, presidente del Real Instituto Elcano. Seminario Cooperación Española 2030: España y la nueva agenda de desarrollo sostenible**

**Emilio Lamo de Espinosa** | Presidente del Real Instituto Elcano | @PresidenteRIE 

3 de noviembre de 2015, Biblioteca Nacional (Madrid)

Vivimos tiempos turbulentos que parecen confirmar la idea del viejo Hegel en la Filosofía de la Historia: los periodos felices de la humanidad carecen de historia, en ellos no pasa nada. Al parecer los chinos dicen lo mismo, aunque de otro modo: que los Dioses te eviten vivir tiempos interesantes.

Pero los nuestros lo son, y vivimos anegados, asaltados, golpeados de eventos y de noticias, no ya diarias, sino instantáneas. Constantemente.

Y ciertamente, desde que el 11S penetramos en el nuevo siglo "bajo puertas de fuego" (como señaló Kofi Annan), la acumulación de acontecimientos (atacados terroristas, cambio climático, guerras en Irak, Afganistán, Siria, brutal e insospechada crisis económica) han generalizado una sensación de miedo, vulnerabilidad e incertidumbre (sociedades de riesgo, sociedades liquidas) que, en este nuevo fin-de-siglo, casi se tiñen de milenarismo (y recordemos que el joven Ortega se doctora en 1904 con una tesis sobre Los temores del año mil, el pánico que acompañó el anterior cambio de guarismo).

Cunde pues la sensación de que el progreso se ha detenido o incluso retrocede, y la humanidad camina hacia atrás, incluso hacia su auto-destrucción.

Para unos –en general la izquierda- esta vendría de la destrucción de la naturaleza agotada por las demandas de un consumo hipertrofiado, alimentado por la economía de mercado; para otros –en general, la derecha- sería la destrucción de la sociedad por atentados terroristas con armas de destrucción masiva, amenaza cuya peligrosidad se equipara a veces a la del viejo comunismo soviético. Pero ya sea a la derecha o a la izquierda, todos parecen tener a mano un relato apocalíptico que los medios de comunicación, el cine de Hollywood -y no pocos intelectuales-, se encargan de amplificar. El post-modernismo articula esa nueva narrativa alrededor del recelo hacia el futuro y una desconfianza creciente hacia el progreso, la ciencia y la tecnología, cuando no hacia la misma razón, antaño la solución a todos los problemas y hoy problema ella misma.

Pero ese juicio negativo, muy compartido, no es del todo cierto.

Les contaré una anécdota representativa. Cuando les pregunto a mis estudiantes en la Universidad si creen que el mundo ha progresado o no siempre me dicen que sí, lo ha hecho, si hablamos del progreso de los conocimientos, del progreso técnico. Pero se resisten a creer que ha habido progreso moral.

Y siempre les recuerdo dos datos: la esclavitud casi ha desaparecido, y afectaba a millones de personas hace bien poco. Y les recuerdo un segundo dato: hace pocos años, los de mi vida, la condición femenina en todo el mundo, también en el mundo desarrollado, era deplorable. El progreso de la mujer ha sido sin duda uno de los más importantes avances morales de la humanidad en los últimos cincuenta años.

Los jóvenes tienden a ver el vaso medio vacío. Es normal. Por el contrario, los mayores sabemos lo que ha costado llenarlo a la mitad, y lo vemos medio lleno. Es también normal. Lo importante, sin embargo, no es tanto si está medio lleno o medio vacío, si no si se está llenando o vaciando. Lo importante no es la fotografía, sino la película.

Por ello tiendo a ser optimista. Y no puedo dejar de serlo cuando veo los resultados obtenidos con el programa de desarrollo del milenio. La tasa de pobreza extrema en países en desarrollo se ha reducido del 47% al 14%; se ha reducido de 100 a 57 millones los niños que no asisten a la escuela; la mortalidad infantil se ha reducido de 12,7 millones a 6 millones; la mortalidad materna ha pasado de 380 por cada 100.000 nacidos vivos a 210; 1.900 millones de personas han accedido al agua potable. Y podría seguir.

Si hace veinte años me hubieran dicho que esto se podía conseguir, me hubiera mostrado muy escéptico.

Queda mucho por hacer. Por supuesto. Y curioso que uno de los objetivos que menos parece haber progresado es justamente el tercero, que no he mencionado, el de la igualdad de género. Con consecuencias enormes.

Daré un dato impresionante. Hace pocos días el McKinsey Global Institute, en su informe “The Power of Parity” estimaba que si la mujer participara en el trabajo al igual que los hombres, la economía mundial podría crecer para el año 2025 en nada menos que 28 billones de dólares, un incremento del 26% del PIB global, el equivalente a las economías de China y USA. Ahí es nada.

Los nuevos objetivos para el 2030 son ambiciosos. Lógico, viendo el resultado de los anteriores.

Pero sobre todo son distintos y cambian la lógica. Pasando de una agenda del simple desarrollo a una agenda de gobernanza global.

Y explico lo que quiero decir con ello.

El fenómeno más importante de nuestro tiempo es la globalización. No es un proceso nuevo. Comenzó con las grandes navegaciones de altura en el siglo XVI. Por eso el Instituto Elcano lleva el nombre de quien dio por vez primera la vuelta al mundo, la primera globalización física conocida. Hoy asistimos a su culminación.

Y examinada desde una perspectiva sociológica la globalización es algo mucho más profundo y vasto que meros flujos financieros o económicos. Es el proceso por el cual una línea de acción se encadena con otras, y estas con otras, y así hasta dar la vuelta al mundo. La globalización es el encadenamiento de líneas de acción saltando por encima de todo tipo de fronteras, físicas o políticas.

Pensemos en el árbol de división del trabajo que permite que lleve un teléfono en el bolsillo o que pueda poner en marcha mi automóvil. Y si nos remontamos a las materias primas, la elaboración de partes, el diseño y los *copyrights*, el ensamblado, el transporte, la comercialización, los seguros, se nos abre un árbol de división del trabajo mundial en el que, con seguridad, han intervenido miles de trabajadores en docenas de países. Una gigantesca división del trabajo que me permite decir que llevo el mundo, trazas del mundo, en mi bolsillo junto con mi teléfono, o que activo el mundo entero cuando le doy al arranque de mi automóvil.

Por utilizar una vieja categoría sociológica (marxista, por cierto), mi ser social, la realidad social que sustenta mi existencia particular, es ya el mundo entero.

Hace tiempo aprendí –y este año ha vuelto a ocurrir- que el precio de la almendra en Alicante (el precio del turrón que pagaremos esta Navidad) no depende de la cosecha de almendra en España, sino de la de California.

La economía española está vinculada con la francesa y la alemana, estas con la americana o la china, y así sucesivamente. Y la economía depende del precio de la energía, que depende de la tecnología global, que depende de la geopolítica y la seguridad global, y así sucesivamente.

Tenemos una economía-mundo, al igual que hay ya una política-mundo, una seguridad-mundo, un terrorismo-mundo y crecientemente una gastronomía mundo (la fusión), una sensibilidad-mundo, pero también un clima-mundo o un terrorismo mundo o unas emigraciones-mundo.

Todo está conectado con todo. Todas las sociedades (casi todas, una excepción como Corea del Norte es algo exótico) están abiertas. Y si todas las sociedades están abiertas es que solo hay una sociedad.

Aunque seguimos pensando el mundo como una colección de Estados, 193 en la ONU, como si fueran piezas autosuficientes, es una visión caduca, decimonónica. Una visión ideológica, fetichista. La realidad subyacente es una sociedad mundial, emergente ciertamente, pero donde todo está conectado con todo.

En el siglo II a.c., Publio Terencio el Africano aseguraba que *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*. Nada humano me es ajeno. Pero no era cierto. Nada sabía Terencio del extremo oriente o de África, y no digamos de América, perfectamente desconocida. Más de la mitad de la humanidad le era ajena.

Hoy sí es cierto. Hoy nada nos es extraño o ajeno y todo está mezclado con todo.

No vivimos ya en sociedades estatalmente articuladas, como ocurrió desde Westfalia hasta finales del pasado siglo. Por vez primera la palabra humanidad tiene un referente empírico y no es simplemente una utopía o una idea. Estamos en el mismo barco, hay una sola sociedad mundial, al tiempo global y local, y en los albores del parto de la primera civilización propiamente mundial.

¿Por qué cuento esto?

Porque a medida que avanza la globalización –y para el 2030 habrá culminado- a medida que la sociedad mundial se hace más fuerte y menos dependiente de los Estados, se produce un desajuste entre la arquitectura de la política mundial y la arquitectura social.

Crecientemente aparecen más y más problemas que antaño podían ser abordados dentro del marco de los Estados, pero que hoy requieren la colaboración, no ya de Estados vecinos, sino de regiones enteras o incluso de toda la humanidad.

Los problemas, muchos, se des-estatalizan, si me permiten la expresión, se des-territorializan. Y sabemos bien cómo la soberanía de los Estados se diluye al tiempo que aumenta su dependencia externa.

Hace tiempo que hablo por ello de una “agenda del desgobierno mundial”, agenda nueva, emergente, de problemas y cuestiones que ya solo se pueden abordar a nivel global.

La agenda es fácil de identificar; seguridad y terrorismo, armas de destrucción masiva, narcotráfico, flujos financieros, emigraciones de población, pobreza o desigualdad global, presión sobre los recursos naturales, riesgos de pandemias, calentamiento global. Temas, problemas, que se agrupan alrededor de tres constelaciones: la de la seguridad, la del bienestar y, finalmente, la de la sostenibilidad.

¿Cómo gestionar todas estas cuestiones cuando la política sigue anclada en Estados soberanos? Esta es, si se me permite la osadía, la gran pregunta del 2030.

La humanidad tiene problemas, por supuesto. Siempre los ha tenido. Pero quizás el principal problema es que no tiene los instrumentos para gestionar esos problemas. El principal problema es el de la gobernanza global.

Supongo que a estas alturas todos ustedes saben ya donde voy. A la agenda del desarrollo sostenible. Que es más que una agenda del desarrollo aunque no todavía una agenda de gobernanza global. Pero que al fijar objetivos nuevos salta desde el mero desarrollo a abordar la generación de bienes públicos, a abordar cuestiones más propias de una gobernanza global.

De modo que, de los tres ámbitos donde se hace urgente una gobernanza global los ODS abordan al menos dos, el referente al bienestar y el referente a la sostenibilidad.

Queda fuera el de la seguridad todavía en manos de Estados soberanos o de alianzas de Estados (y pienso, por supuesto, en la OTAN).

La problemática del desarrollo vive así dos importantes transformaciones en su enfoque, relacionadas entre sí.

La primera es que se rompe la lógica Norte-Sur, cuando el comercio sur-sur es ya tan importante como el norte-norte, y cuando el tráfico transpacífico es superior al transatlántico.

Y la segunda es que el desarrollo deja de significar la superación de la pobreza en dicho Sur para redefinirse como la consecución de una serie de bienes públicos globales.

Los ODS son la consecuencia, pero serán también causa, de esa fusión, de ese inmenso, gigantesco mestizaje global.

Pero, ¿cómo gestionar este mundo que aparece desbocado y salvaje? Cuando aún no había finalizado la segunda guerra mundial, golpeado por aquella terrible tragedia que todavía nos persigue, el gran escritor alemán Ernst Jünger escribía un texto impresionante por su clarividencia profética:

“Es la primera vez que la Tierra en su condición de globo, de planeta, se ha transformado en campo de batalla y es asimismo la primera vez que la historia humana está tendiendo con apremio hacia un orden planetario....Nos hallamos en el horno de fundición y en los dolores de parto”.

Y añadía: “Esta guerra –“guerra civil mundial” la denomina en otro lugar- ha sido la primera obra común de la humanidad. La paz que le ponga término habrá de ser la segunda”.

Uno de los frutos esenciales de aquella paz, obra común de toda la humanidad y primer resultado de ese sentido nuevo de la Tierra, fueron las Naciones Unidas. El otro día conmemorábamos en el Palacio Real con Ban Ki Moon los 70 años de la creación de la ONU y los 60 de la incorporación de España.

Como soñaba Jünger, tras la primera guerra verdaderamente mundial, debería surgir un orden de paz igualmente mundial. Pero no fue por completo así.

Me pregunto –y con esta pregunta termino- si las NNUU están preparadas para seguir avanzando en este camino.

La opinión pública percibe a las NNUU como el germen de una democracia mundial. Podría ser. Pero claramente no lo es.

Las NNUU no son tal, son unos Estados unidos (paradójicamente los Estados Unidos si son una unión de naciones, por cierto). Las NNUU son un parlamento westfaliano, en el están representados los Estados, no las poblaciones, la India con 1.100 millones de habitantes tiene el mismo peso que más de 100 Estados con menos de 5 millones de

habitantes. Las NNUU tienen como base la soberanía de los Estados, todos iguales, en un mundo donde esa soberanía vale cada vez menos.

Pero, si no son las NNUU quienes abordan esta agenda de la gobernanza global, ¿quién iba a hacerlo?

¿Podremos reformar las NNUU? No parece fácil. ¿Podremos crear un parlamento mundial, podremos generar algo parecido a una democracia mundial, global? No parece fácil tampoco, aunque no sobra comenzar a pensar en ello, y la Unión Europea, articulada como una fusión de soberanías y no (como la ONU) como una confrontación de soberanías, es un ejemplo a potenciar y seguir.

Mientras tanto, avancemos pragmáticamente, a tientas, *trial and error*, construyendo proyectos globales que permitan generar los bienes públicos que la humanidad necesita.

Y estoy seguro, seguro, de que en el año 2030 ustedes (y espero que yo también), puedan celebrar que, si no al completo, al menos buena parte de esos objetivos se han cumplido.

Y nuestro agradecimiento a todas las numerosas instituciones y personalidades que hacen posible este acto, este seminario.

- la Biblioteca Nacional de España, el Instituto de Salud Global de Barcelona, el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación y Oxfam Intermón
- Además, entre ponentes y asistentes, el encuentro cuenta con muchas otras instituciones representadas. Entre éstas contamos con:
  - Organismos supranacionales como la CEDEAO, la OCDE, o la Unión Europea.
  - organizaciones de la sociedad civil como Greenpeace;
  - think tanks –ISGlobal, o el Overseas Development Institute (ODI), ESADE-Geo–
  - empresas privadas –Ferrovia–;
  - fundaciones internacionales –Fundación Bill y Melinda Gates–;
  - distintos órganos de la Administración española –el Tesoro o la AECID
  - personalidades como el Sr. Nouredine Zekri, exSecretario de Estado de Desarrollo y Cooperación Internacional de Túnez.

Finalmente, nuestro muy sincero agradecimiento pues tendremos el honor de contar, durante parte del debate, con la presencia de SM la Reina Letizia, a la que esperamos en breves minutos.

A todos ellos agradecemos su disponibilidad y disposición para la organización y celebración de este seminario.

Muchas gracias a todos ellos y, por supuesto a todos ustedes por su interés.